

Poseer la palabra y anhelar la justicia. Autonomía femenina y libre pensamiento en Rosario de Acuña (1850-1923)

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
elenahs@ucm.es

1. Rosario de Acuña (Madrid, 1850-Gijón, 1923), olvidada durante mucho tiempo y excluida del canon de la escritura femenina –pero hoy afortunadamente rescatada– fue, sin embargo, a lo largo de toda su vida, una de las voces más destacadas del universo literario liberal y demócrata, republicano en su mayor parte y masivamente librepensador y anticlerical. Como otras mujeres del mismo espectro (principalmente afincadas en Cataluña), Acuña dejó oír su voz y tuvo enorme eco. Colectivamente, esa voz iba a ser cada día más potente y elevada, adoptando un acento más radical a medida que avanzaban las vidas de aquellas mujeres y sus aspiraciones sociales y políticas (Ramos, 2005; 2011; Peyrou, 2011; Espigado, 2015; Capel, ed., 2021; Correa, 2021).
2. Pero Rosario de Acuña iba a sobresalir entre aquellas mujeres por la fuerza persuasiva de su escritura –avalada por un éxito teatral temprano en su vida, en 1876–, y por el elemento revulsivo que entrañó sistemáticamente su palabra. Destacaría además la escritora madrileña por su original llamada a un emergente proto-feminismo –ya a principios de los años 80–, que, basado en un nuevo modelo de mujer de clase media (no urbana, «en el campo»), aun mostrándose utópico, avanza los supuestos de una dirección modernizadora y antitradicional que convendría al país. Al mismo tiempo, habiéndose iniciado en la poesía desde muy temprano, queriendo ser *poeta* de alcance filosófico, Rosario de Acuña habría de conseguir, a lo largo de toda su vida, el aplauso de un público sensible a su poesía llena de aspiraciones de trascendencia y una insistente reflexión sobre el *genio* y la *inmortalidad* (Bolado, 2019; Hernández Sandoica, 2021).
3. Como aquellas otras mujeres coetáneas suyas, republicanas y demócratas, que se mostraron anticlericales y antimonárquicas con decisión, Rosario de Acuña fue notoria defensora de la mujer, de su derecho a expre-

sarse libremente y a actuar en la esfera pública por poseer el don de la palabra (Díaz Marcos, 2006b, 2012). En su caso, acomodada inicialmente al modelo mesocrático de educación femenina que albergan por entonces muchos de los varones españoles demócratas, institucionistas, librepensadores y masones, se iría produciendo progresivamente una visible evolución hacia una mayor asunción de la igualdad sexual y la autonomía personal. Fue Acuña plenamente consciente de su fuerza personal –del poder de su voz y su palabra–, pero también de sus debilidades cuando, más de una vez, se enfrentase a aquel grupo de varones preeminentes, denunciando las contradicciones de su doctrina sobre la mujer en la calle y en el foro, la incongruencia de su comportamiento en el hogar, donde la mujer podría continuar con su anuencia siguiendo libremente consejos y pautas de conducta inspirados por su confesor.

4. Tal incoherencia desesperaba a una mente *racional* como la de Rosario de Acuña, que pronto vio que, de ese modo, era imposible la reproducción de un pensamiento laico, basado en la tolerancia y la razón. Supo desde el principio que en esa lucha serían constantes los obstáculos que le saldrían al paso y, al igual que otras librepensadoras significadas –mujeres de enorme valentía personal–, Rosario de Acuña experimentó en su propia trayectoria el castigo social, civil o penal, por defender en aras de la igualdad los cambios necesarios en un marco legal y conceptual androcéntrico. Sufriría mucho por el rechazo a su persona de un entorno social mayoritariamente hostil, reincidente en el desprecio a la mujer «que habla» –y especialmente en público–, y, en una trayectoria punteada de recelos y de misoginia, viviría a partir de cierto momento «en la cornisa» –como ella misma dijo–, en los bordes deslizantes de un contexto histórico que llegaría al pavor ante la desestabilización de los patrones de género que marcó el fin de siglo.
5. Los sufrimientos de Rosario de Acuña, de los que dejaría un registro tan completo como revelador, vienen enhebrados por un doble prejuicio: su condición de mujer –y mujer ilustrada, empecinada en hacer del *conocimiento* y el *pensar* el eje de su vida–, y el reclamo de su derecho a hablar, de *hacer oír* su voz igual que cualquier hombre, como *persona* –y persona, por su propia naturaleza humana, facultada para *crear pensamiento*, y empeñada en hacerlo y transmitirlo a los otros–.

6. La vida y obra de Rosario de Acuña constituyen un caso extraordinario de ese empeño ligado a la escritura y la presencia pública de una voz femenina (Bolado, 1992, 2007, 2007-9; Fernández Riera, 2005, 2009, 2017; Hernández Sandoica, 2012, 2016, 2019a, 2019b, 2022), así como del precio tan alto que una mujer de ese talante y vocación singulares, en la España de su época, llegaría a pagar. El que ella llamaría «el país del Sol» en uno de sus cuentos tardíos, era sin duda, para muchas mujeres, un país cruel.
7. Si algo puede servir como hilo conductor en la compleja vida de Rosario de Acuña es su llamada a creer en la *inmortalidad* del alma. Desde muy joven venía escribiendo, poesía sobre todo, en la que revelaba su deseo ferviente de que, según su concepción dual del ser humano se esforzaba en creer (Hernández Sandoica, 2021), el *alma*, al separarse del cuerpo tras la muerte, enlazaría con la divinidad y volvería a cobrar su naturaleza primera, es decir, que la *conciencia* (el espíritu, o el pensamiento y su capacidad de insuflar creación) había venido a encarnarse en todo cuerpo material por decisión divina, aun sin saberse cómo... Temer la muerte no formó parte, así, de los miedos de Rosario de Acuña en ninguno de los procesos conscientes que nos transmite su palabra: «Al entrar en la noche de la muerte», escribiría por ejemplo en 1920, «aún habrá luz para una noble vida, / porque no puede ser labor perdida / la de una vida dadivosa y fuerte.»

*

8. Después de muchos años de olvido –sepultados por la condena a la que, por haber formado parte de la masonería, la sometió el franquismo–, el teatro y la poesía de Rosario de Acuña, así como su prosa poética y algunos de sus textos autobiográficos volvieron a aflorar, arrancando de los años 60 del siglo XX y la labor desarrollada en el Ateneo Obrero de Gijón a partir del hilo de su presencia rescatado del exilio (Simón Palmer, 1991, 2012; Arkinstall, 2006, 2014; Hibbs-Lissorgues, 2009, 2011, 2015; Lacalzada, 2002, 2006; Diaz Marcos, 2006a, 2006b; Turc-Zinopoulos, 2021), al hilo de la labor de unión constante de las piezas de su vida y su obra (Bolado, 2007; Fernández Riera, <https://rosariodeacu.blogspot>) y de una edición muy hermosa de sus obras reunidas (Bolado, 2007-2009, 2019). De su conjunto se ha ido perfilando una figura de mujer singular, que fuera muy visible e incluso destacada en el panorama general de la escritura

femenina española del siglo XIX, y que, a nuestro juicio requería una global atención a su vida y su obra por su especial valor experiencial y filosófico.

9. La reciente aparición –un descubrimiento al parecer azaroso– en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid de un conjunto de escritos, cartas dirigidas a la escritora principalmente y algún borrador de su puño y letra, nos animó a intentar el estudio integrado que debería responder a aquel deseo de la propia Rosario de Acuña, expresado en su testamento ológrafo de 1907; a saber: que se ordenaran sus escritos para ser publicados siguiendo el orden de su producción en el tiempo, y así seguir el curso y evolución progresiva de su pensamiento. Y en esa construcción dialógica, vida y obra de Rosario de Acuña a la vez, que procuré fuese obediente a su mandato, baso aquí ahora todo cuanto se dirá a continuación.
10. Lo que sigue, por tanto, intenta aunar las que considero características principales de su existencia –el derecho a hablar y a hacerlo en defensa de los débiles–, de las cuales deriva la construcción ejemplar de una subjetividad femenina en la que impera su naturaleza intelectual, profundamente *espiritualista* en sus fundamentos, basándome en mi reciente obra *Rosario de Acuña. La vida en escritura* (2022), pero no constituye un extracto del libro, al cual remito, sin embargo, para las referencias y citas correspondientes, con tal de no recargar ahora en exceso este trabajo.

1. Conciencia de igualdad..., deviniendo mujer

11. Rosario de Acuña sufrió en la infancia severamente un mal de la visión que la incapacitaba, esto es algo conocido. Sensible por esta razón, pero también por la profunda inteligencia y curiosidad que la caracterizaron desde niña, fue también acusadamente vulnerable ante la presencia de la muerte y la enfermedad, un drama que se representaba con frecuencia en torno suyo. Se preguntó enseguida por sus causas, trastornada por la esencia del hecho de morir: ¿Por qué «lo que ha sido ya no es...?», ¿cómo es posible el dejar de ser...?, que la vida se vaya y acaso no quede nada..., especuló en un temprano artículo tras la muerte del abuelo. Vinculándola a ese absurdo inconcebible del *dejar de ser*, la niña-adolescente o joven pensadora, daría vueltas a otra incógnita igual de preocupante: ¿cuáles serían las raíces del mal?, ¿cuál su sentido, si es que había alguno...?

12. La salida al conflicto emocional, de fuerte contenido intelectual, que se había abierto en el interior de Rosario de Acuña iba a ser una agobiante obsesión por creer en la *inmortalidad del alma*, despreciando en cambio la caducidad del cuerpo. Hasta ahí, parecería que todo seguía las convenciones de la tradición católica –aunque sin contemplarse la resurrección de la carne–, pero en realidad no sería así: sin abandonar la vocación cristiana hacia la *caridad*, una tensión visible, recurrente, hacia las ideas del librepensamiento y la masonería de tradición francesa (creer en Dios y en la inmortalidad del alma era la norma allí desde 1848) iría resolviendo en positivo las dudas que se amontonaban en la mente de Rosario de Acuña, reforzadas día a día las certezas según creciera en ella la influencia de Camille Flammarion (Hibbs-Lissorgues, 2011; 2015; 2019), uno de sus autores franceses favoritos junto con Michelet. Al principio de la maduración de su conciencia –incluso antes de la edad adulta– la influencia de las ideas venidas de Francia, donde Rosario de Acuña pasó alguna corta temporada, debió de haber sido tan feliz como perturbadora para una joven que crecía en un medio social de predominio burgués conservador en cuanto a las ideas del mundo y de la vida. (Con todo, si hemos de hacer caso a alguno de sus textos tardíos, es posible que alguna de las «nuevas ideas» traídas de allá, o previamente conocidas por traducciones y divulgación en las revistas que sin duda leía, la compartiera previamente con su padre, al que adoró).
13. Sea como fuera, lo que es seguro es que desde muy joven la reflexión sobre la vida, la existencia del mal y la muerte está ligada, en la propia Rosario de Acuña como en tantos pensadores de la época, a la vivencia de la religión aprendida en su hogar –en su caso un hogar madrileño de altos funcionarios y ambiente cultural ligado a la política–, un conjunto de creencias y de prácticas que serían más tarde discutidas vivamente por ella y combatidas hasta negarlas de raíz, por considerarlas obstáculo y cortapisa al hecho de *pensar*. Las abandonaría como *dogma*, pero sin renunciar en modo alguno a la espiritualidad o a las virtudes de un cristianismo austero. La reflexión ética y moral que es constante en Rosario de Acuña se liga expresamente al sufrimiento físico y a su pretendido valor redentor y purificador, y así lo expresa en sus primeros ejercicios como *poeta* –tal como quiso ser llamada, no poetisa–. Una poeta de tradición romántica tardía que, como muchas otras –en esto no era excepcional–, se acercaba al dolor como «cincel del alma». Hablaría de librepensamiento ya a principios de los años 70 –y alcanzaría su culmen en 1891 con el estreno de *El padre*

Juan– (Simón, 1991; 2012; Pineda, 2002), pero solo sabría reconocerse como una *librepensadora* en el medio social cuando encontró el marco institucional que la acogió, a finales de 1884, en el seno del republicanismo federal madrileño.

14. Autora teatral de éxito temprano (su drama *Rienzi el tribuno* fue aclamado en Madrid el 12 de febrero de 1876 por vez primera, y desde entonces seguiría siendo aplaudido hasta el final de la vida de Rosario de Acuña), se organizó a partir de entonces como escritora según los cauces acostumbrados, queriendo vivir de la profesión y estar presente en ella. Contraería matrimonio en mayo del mismo año 1876, con un joven militar, y como partidaria convencida de la lógica armónica y complementaria de los sexos que Rosario de Acuña era, así hubiera debido transcurrir su existencia, pacífica y armónicamente, entre su vivienda conyugal de Zaragoza y, desde 1881, recogida en la quinta de Pinto, cerca de Madrid. Pero la realidad sería muy otra, al resentirse el matrimonio desde los primeros momentos de una evidente disparidad de caracteres y de modos opuestos de ver la realidad. Con todo, Rosario de Acuña estaría convencida toda su vida de que era posible lograr la equidad y la armonía en la pareja –una forma de amor entre compañeros, iguales por compartir esencia humana–, independientemente del tipo contractual de relación. Una equidad, y un equilibrio, en gran manera utópicos, que en la época juvenil de su pensamiento no contempla sin embargo todavía la independencia femenina basada en el trabajo fuera del hogar. Incluso rechaza la asistencia de las jóvenes a la universidad.
15. En «Algo sobre la mujer» (recogido en su volumen *Tiempo perdido*, 1880), a la vez que Rosario de Acuña anima a las mujeres a formarse, a estudiar sin descanso usando sus propios medios –los libros en la casa, la lectura autodidacta sobre temas diversos, y la constante observación de la naturaleza–, y a hacerlo para situarse «a la par del hombre», la escritora se muestra aún refractaria a la profesionalización de la mujer (mujer de burguesía y clase media, he ahí sus referentes a esa altura). Cree que hay una indudable capacidad femenina para influir sobre el varón, y que en esa capacidad innata reside precisamente la fuerza de la mujer: «Huid de la emancipación», les dice entonces a sus lectoras, «porque es la ruina de nuestro poder», no aceptéis una liberación que vendría de fuera... Y explica que desconfía de los varones *feministas* (sic): «Desde el momento en que el hombre, teniéndonos por camaradas, penetre en los abismos, que hoy desconoce, de nuestros íntimos pensamientos, la tiranía de su poder no tendrá

límites». Llega incluso hasta ridiculizar las figuras del «doctor-hembra» y el «catedrático-femenino», y recuerda que, «sin la conciencia del propio mérito, nunca habrá emancipados». Sin embargo, un tanto contradictoriamente con lo que muchas veces piensa Acuña de las mujeres de su clase –a las que considera un juguete consentido en manos del varón–, añade que «solamente al esclavo se le puede manumitir, y nosotras, las mujeres, nunca lo fuimos».

16. Una versión más cruda de lo que Rosario de Acuña entiende por entonces como rasgos más comunes en la psicología y el comportamiento femeninos se halla en el artículo «Los intermediarios», un texto crítico y jocoso que es una especie de contra-modelo de su propia concepción de la mujer de su clase, una concepción alejada de la moral sexual masculina dominante, a la que caracteriza como dominada por el afán de conquista y, a lo sumo, una frivolidad paternalista. Años después Rosario de Acuña, muy matizada ya su primitiva idea de la inferioridad moral de las mujeres –las mujeres a las que conoce y habitan en su entorno («coquetas», «vanidosas», «petulantes», faltas de inteligencia, en fin...), pero sin controlar del todo su crítica acerada, que irá ligando en su descargo al poder ejercido por la Iglesia sobre la mayoría de las mujeres, se abrirá Acuña paulatinamente a un giro decidido de opinión en cuanto al derecho que cabe a la mujer a optar a la presencia pública, sea cual sea el foro en que se inscriba.
17. Y es que, a la par de esa evolución, iría experimentando Rosario de Acuña un reconocimiento de sí misma como mujer (*mujer-persona*, un ser humano igualmente capaz de inteligencia y de conocimiento que el varón, siempre que hubiera recibido la educación adecuada) y, poco a poco, iría siendo más grande su deseo de ser reconocida como tal. Desde principios de los años 80 había pasado a escribir en una revista femenina, *El Correo de la Moda*, continuando esa serie de artículos empezada en la *Gaceta agrícola*, publicación oficial del ministerio de Fomento. De allí, escritos desde Pinto (Esparcia y otros, 2023), salieron sus largos y sistemáticos artículos sobre la mujer y la casa *en el campo*, sobre su trabajo en la *propiedad* campesina, y sobre cómo gestionar en ella una vivienda higiénica y saludable, el núcleo de la organización de la familia y el país.
18. Acuña volvería a recrear esos temas veinte años después, en la rotulada «Conversaciones femeninas» (1902), ya desde Cantabria, una serie publicada en *El Noroeste* de Gijón. Y, a pesar de que sus primeras instruc-

ciones –concebidas a modo de cartas a las lectoras– se pliegan estrictamente al corpus mesocrático, liberal y demócrata de la idea de familia y al papel central que en ella desempeña la mujer, suponen un paso adelante en la que podríamos calificar de reconciliación de Rosario de Acuña con su sexo, y son el marco de su aportación completamente original, todavía proto-feminista, al debate. Establecen un vínculo político y económico inmediato entre ese nuevo modelo de mujer –activa y productora–, «en el campo», y la *regeneración* (o modernización) del país. Desde luego fueron muy apreciadas sus palabras a partir de su identificación pública como librepensadora (1885), y desde *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, pronto se reprodujeron en *La Luz del Porvenir* (que dirigía Amalia Domingo) y, más tarde, en otros periódicos librepensadores. Las espiritistas catalanas estaban así, al menos parcialmente, de acuerdo con Rosario de Acuña en encauzar las cosas en esa dirección.

19. Había prometido Rosario de Acuña dirigirse a las mujeres «con la fuerza de la lógica y el poder de la razón»; pero es bien cierto que se había preparado para competir con esas armas en un mundo de hombres: «Mucho trabajo me ha costado», decía como excusa, «decidirme a escribir para vosotras». Temía no agradarles, por «lo tosco de mi estilo, la aridez de mi palabra, lo intransigente de mi pensamiento...». Era consciente, como lo sería siempre, de que su modo de pensar es más complejo que el común, más filosófico y especulativo. Con dudosa sinceridad –pues enseguida condena vicios y frivolidades de su sexo–, asegura haber «tenido miedo de malquistarme con vosotras, que sois compañeras mías y a quienes en modo alguno quisiera disgustar, porque, al fin y a la postre, uno mismo debe ser nuestro destino, unos nuestros dolores, y unos también nuestros ideales». Lo siente de verdad, pero veinte años después, en aquellas «Conversaciones» que he citado, todavía le pesa a Rosario de Acuña afrontar, al hablar para las mujeres, su «dureza del concepto». Todo el tiempo sospecha que no van a comprenderla, faltas la mayoría de esas mujeres de preparación, y es a esa tarea de preparación a la que ella quiere contribuir con su palabra, pues todas son parte principal en el *perfeccionamiento de la especie humana* (ha ido leyendo mucho sobre evolucionismo, un marco científico en confluencia con las ideas masónicas del *perfeccionamiento de la humanidad*): «Venid conmigo y, como amigas», invita a sus congéneres entonces, «sin ofenderos por mi lenguaje, sin ofenderos por mi franqueza, recorreréis un mundo que, desde luego, para la mayoría de vosotras es desconocido...».

20. Les ofrece también un mundo centrado en el trabajo, trabajo *obligado* como tarea formativa, y *obligatorio*, irrenunciable, como forma de contribución social (aporte económico a la propia familia y al país), pero cuya dureza material en el caso de muchas de las faenas parece la escritora despreciar. Pues el de Rosario de Acuña, en aquel tiempo, es un tipo de esfuerzo físico e intelectual concebido dentro de un *universo utópico* en cuanto a relaciones sociales y posibilidades reales de materialización (Hibbs-Lissorgues, 2009).
21. En absoluto se trata sin embargo de una reproducción de modos de vida convencionales y rezagados, pues la escritora apelará a la tecnología del momento como forma de *racionalizar* y modernizar las tareas del hogar («*Vuestra casa ha de facilitaros la vida, como el nido facilita la crianza y el reposo*»), para dejar tiempo y espacio, tras las labores propias de crianza y cuidado, a una formación intelectual de las madres y esposas que, en el proyecto de Rosario de Acuña, es bastante exigente. Por ejemplo, aconseja no perder tiempo alguno en bordados y jaretas, algo que va evidentemente a la contra de la educación comúnmente dada a la mujer; pero sí en cambio habría de confeccionarse en el hogar la ropa de casa e interior más sencilla, porque ello supondría un gran ahorro –de ahí que la máquina de coser aparezca como muy deseable–. También recomienda atender a la cocina con mimo y gusto, además de una extrema higiene, siendo esto último lo más elevado en su jerarquización.
22. De modo que, aunque *el pensamiento no tiene sexo* –lo cree así realmente–, las mujeres sí tendrían en el hogar tareas propias y específicas que cumplir: las de atención diaria a sus familias, procurar su alimento y salud, y –relevante esto último– la educación de los hijos e hijas (de estas, durante toda la vida o hasta el matrimonio; de aquellos, hasta que encajaran en algún tipo de formación media y superior). Como aportación novedosa también figura, en ese patrón *agrícola* organizativo del reformismo de Rosario de Acuña, la educación básica del servicio doméstico más joven, al menos en cuanto al aprendizaje de las primeras letras y la iniciación a la exigida salubridad en las tareas del hogar, que la escritora está segura de que los jóvenes no poseen cuando llegan del pueblo... Como premio a este esfuerzo, reconoce aquella mujer de clase acomodada que es Rosario de Acuña –y que tan buena disposición personal tuvo siempre para la atención de la casa–, que verdaderamente ¡es un *placer* verse descargada «de los cuidados domésticos»!

23. Si no le cabe duda a Rosario de Acuña de que la mujer es la responsable de la moral de toda la familia –y a ella le imputará también todo lo malo que deposita en la sociedad como suma y ampliación de aquella–, también cree la escritora que «la mujer es lo que se quiere que sea: sentimiento, fuerza, imaginación e inteligencia...». Pone limitaciones inmediatas, no obstante, a ese optimismo: «Puede serlo todo menos aquello que sea incompatible con su condición de mujer: cátedras, doctorados, derechos, no niego nada...», pero siempre que no estorbe su condición de «buena esposa y buena madre». La maternidad nunca dejó de estar en el centro del pensamiento de Rosario de Acuña –*maternidad social*–, pero en aquel momento (1883) en que quizá todavía podría esperar ser madre biológica ella misma, es bien visible la centralidad del concepto, lo mismo que es insistente su repudio de la mujer que exhibe demasiado protagonismo en el espacio público. Hay en derredor, dice, «muchas exclamaciones, mucho movimiento, mucho ruido, quererlo todo, intentarlo todo, y en realidad no hacer nada; perder el tiempo lastimosamente», de modo que «en vez de trabajar con fe y con valor [...], toda la energía se gasta en frases, en proyectos, en fastuosas exhibiciones de personalidad¹.»
24. Cuando así escribe Rosario de Acuña tenía 32 años, y –con recelo y temor, a la vez que evidente deseo de seguir ostentando presencia pública– opina que es en cambio la ciencia agrícola la más adecuada para la mujer: «No se necesita acudir a las aulas inquietas y burladoras», dice, esos lugares «donde la mujer, ofendida en su más delicado pudor por las impertinentes miradas del estudiante, tiene que sufrir todo género de molestias si quiere salir airoso de su empeño, logrando siempre adquirir un carácter tan extraño, una mezcla tan irrisoria de seriedad y ligereza, de candor y de malicia, que al fin la coloca en el más lastimoso ridículo». Proponiendo una enseñanza agrícola reglada, en una especie de granjas campesinas, que permitiera a niñas y jóvenes una preparación profesional, la presenta como alternativa a una situación real con la que, ciertamente, nos encontramos cuando abordamos la incorporación de las jóvenes a los estudios: tantas familias, dice, «que vacilan hoy en mandar a sus hijas a las instituciones escolásticas», o las jóvenes que allí acuden para salir de «una orfandad lamentable». Así habla, revelando lo que para ella constituía entonces una objeción crucial a la igualdad completa, y descartando en cambio que las jóvenes pudieran sentir por sí mismas ese deseo total, intelectual tanto

1 «La educación agrícola de la mujer», *Gaceta Agrícola*, enero-marzo 1883.

como emocional, de igualdad en el ejercicio de las profesiones, un deseo que ella personalmente ni sentía ni podía referir a necesidad económica alguna por el momento (Díaz Marcos, 2012).

25. Todavía en abril de 1885, en *El Correo de la Moda*, y ya como último artículo de la serie «En el campo», está clamando Acuña contra los pretendidos emancipadores de la mujer: «¿Queréis sin educarnos, llevarnos a la cátedra o a la academia? No hablo de las excepciones [...] ¿Sabéis lo que haréis al darle a la mujer una muceta y una toga?». Piensa que es «entregarle una prenda más con la que recrearse en su figura, haciendo dengues delante del espejo; darle un pretexto más para que arruine el templo de la familia». ² Temía que, no estándose aún «en disposición de desempeñar» cargos y atribuciones «con toda la dignidad necesaria», al igualar el acceso a los estudios superiores y el ejercicio de las profesiones, se consiguiera tan solo provocar «una reacción lamentable, que acaso la volvería a encerrar [a la mujer] en la oscuridad asoladora de los serrallos occidentales». Evolucionando al hilo de los tiempos, sin embargo, y de acuerdo con otras sensibilidades ya más decidida y claramente feministas, a los 61 años recién cumplidos se implicaría Rosario de Acuña a fondo en la operación contraria –abogar por el derecho a acudir a las aulas de las mujeres–, y lo haría con graves consecuencias para sí misma. Así, en un artículo incendiario, «La jarca de la universidad», iba a defender a capa y espada la presencia de las mujeres en la universidad, denunciando el acoso masculino con un lenguaje áspero y muy duro, y tras la politizada réplica contra ese artículo que se daría en las calles de toda España, Acuña hubo de huir a Portugal (Bolado, 2007; Blanco, 2011; Hernández Sandoica, 2016).
26. En tiempos de una crisis profunda del campo español, había emprendido en la prensa la escritora una tarea pedagógica dirigida al colectivo femenino, que, al menos en apariencia y sobre el papel, sería bien acogida. Hubo de suspenderla por unos meses, sin embargo, debido a la inesperada muerte de su padre, Felipe de Acuña y Solís, con poco más de cincuenta años, a finales de enero de 1883. Hija amantísima, casi roto por entonces del todo su propio vínculo conyugal, se sumiría Rosario de Acuña en una profunda depresión como consecuencia del doble duelo y la orfandad (Arkinstall, 2019). Durante un tiempo solo escribiría versos, y solo unos cuantos de ellos serían dados a conocer tres años más tarde, en Alicante,

2 «En el campo. XII. Conclusión. Villa-Nueva», *El Correo de la Moda*, 10/4/1885.

con motivo de la calurosa acogida que allí se le brindó en una velada teatral, recién adscrita Acuña a la masonería (Lacalzada, 2002, 2006). Sabemos sin embargo que esos cantos de duelo, doloridos en extremo, fueron especialmente reflexivos: «el pensamiento en el dolor adquiere», dirá luego, «una fuerza vital imponderable». Más adelante dirá también que, antes de volver a escribir, ese pensamiento suyo que tanto valoraba la propia escritora quedó instantáneamente «anonadado», sin encontrar «consuelo para su dolor más que en el dolor mismo». Se sentía incapaz de escribir otros textos o hacerse cargo de otros pensamientos. A lo largo del duelo habría renacido con más fuerza en su propia «alma» la aspiración omnipresente a la inmortalidad, y en tanto que el cuerpo del padre yacía «hundido en la muerte», la hija se repliega a la «espera», bañada en llanto, ansiosa y anhelante. Desea desesperadamente Rosario de Acuña poder un día reunirse con él.

27. Entre tanto, en los meses de la primavera y el verano de ese año triste de 1883 –valorando la oportunidad de dejar la quinta de Pinto, donde casi ni siquiera llevaba Rosario viviendo dos años–, se acercaría a quienes pudieran enseñarle –con mayor fundamento que sus propias lecturas y elucubraciones–, en qué consiste la locura (ya antes había propiciado ella misma un premio sobre este tema, que no había sido fallado aún). Libre-pensador y republicano el doctor Esquerdo, destacaba entre los conocedores del problema –el *mal* del alma considerado por fin como algo médico, buscando su *porqué*–. El alienista destacaba como creador «racional» de un método de tratamiento que ponía en práctica en el manicomio de Carabanchel. Allí, con sus discípulos, que formaban entre los primeros especialistas españoles, trataría la reciente *huérfana*, desolada (y enseguida también esposa *separada*), de discutir sobre la acción humana y sus límites morales, deslindando certezas e incertezas sobre la relación entre locura y crimen. Entre sus dudas, había un importante asunto cognitivo, un tema clave en la filosofía y la psicología del momento: la relación entre *lo subjetivo* y *lo objetivo*... Hay incluso un poema que Rosario de Acuña habrá de titular exactamente así, y que seguramente obedece a esa época, aunque no podamos asegurarlo con exactitud. Revela toda su capacidad de estar al día en asuntos candentes, como una competente *pensadora* hija de su tiempo.

28. Lo que relata Rosario de Acuña al doctor Esquerdo, sobre una pesadilla que había tenido, es «más o menos» –según ella misma– así: «Ustedes» –en la persona del alienista les habla a los científicos en general, a quienes sin nombrarlos identifica como «materialistas»–, ustedes «quieren demos-

trar palmariamente que toda verdad incontrovertible y absoluta reside fuera radicalmente de lo subjetivo». Rosario de Acuña, en cambio, dándole vueltas a sus lecturas y pensamientos *proprios*, no está convencida. Situándose en una posición antagónica a todo tipo de materialismo, psicologicista, recoge esa polémica fluctuante, que en aquellos momentos era básica en las ciencias sociales y la teoría filosófica. Y así replica: «¿Es posible la contemplación, única y exclusiva, de la naturaleza exterior sin que el sujeto sea parte de un admirable *todo*?». Es más, «¿cuándo ustedes quieren partir de una verdad que llaman «objetiva», ¿es posible que lo hagan en absoluta independencia de ustedes mismos?». Después de un largo, lúcido y apretado razonamiento de la que, en algún momento, viene a identificarse a sí misma como «paciente», concluye Acuña que «hasta en la más amplísima (sic) y desinteresada concepción humana de las maravillas de la creación tiene que haber forzosamente un fondo subjetivo, *por cuanto es el sujeto el que hace la contemplación del objeto y no es el objeto el que penetra en el sujeto*».³ Pedía la pensadora, no obstante, que aquellos que sabían más que ella le confirmaran si era correcta esa percepción, porque estaba dándole muchas vueltas, y vivía en una desoladora incertidumbre.

29. ¡La duda, permanente tortura en el difícil ejercicio de pensar..., y de pensar por sí misma...! Más claro tiene en cambio Rosario de Acuña que las jerarquías sociales existentes no se corresponden con el valor «objetivo» de los individuos, a los que ella clasifica en cambio según el talento y el grado de instrucción, según nivel de conocimientos y de generación de ciencia y belleza. Y por eso va afirmándose en ella una visión del mundo contraria a lo que otros muchos creen que es su «superioridad en la escala social» –o sea, la preeminencia de la aristocracia y la clase medio-alta–. No hay más superioridad entre los seres humanos, afirma contundente Rosario de Acuña ya en los primeros meses de 1884, que la que «se refiere a los grados de inteligencia del ser racional» y a todo lo que «se relaciona con el entendimiento convenientemente educado». Aplica entonces esta convicción, que en ella va a ser duradera, al trato que deben los señores a criados y sirvientes, con aquella misión de instruirlos benévolamente que compete de modo particular, según su criterio, a la dueña del hogar (una aplicación de esa *maternidad social* que, en diversos momentos de su vida, hará Acuña valer también para otros casos y situaciones). En todos ellos, esa función educativa como «madres» sería, como cree, un acelerador del avance y progreso

3 «De un libro inédito», *La Ilustración Ibérica*, Barcelona, 12/1/1884.

generales de la humanidad, una contribución hacia la perfección personal y social basada en la extensión de la *razón*, siempre en contra de quienes se le oponen. Y ahí, frente a ese avance y ese desarrollo del libre uso de las capacidades intelectuales y el ascenso del espíritu hacia la «luz» y lo «alto», el principal enemigo, poderoso, sería la Iglesia.

30. Al proponer un plan intenso de preparación intelectual autodidacta para la mujer *en el campo*, un plan que Acuña detalla con cuidado en sus artículos de esa primera hora, no había dejado de denunciar la escritora todas esas costumbres, extendidas hasta en el marco rural más escondido – eso la escandaliza–, de asueto, ocio y ornato que estima envanecedoras y superfluas, y que les restan tiempo y recursos que serían preciosos para atender lo esencial. Lo esencial es, aclara Acuña, la observación de la naturaleza (Hibbs-Lissorgues, 2011), idéntica a la divinidad –como deísta que es–, y que junto con la lectura y, si es posible, el disfrute del arte, que ella cree más próximo a la sensibilidad femenina por su relación con las emociones –en especial música y poesía, pero también pintura–, le permitirían a la mujer *en el campo* «orar sin palabras», es decir, «situarse ante la idea de Dios y la inmortalidad del alma» alcanzando, de esta manera, «una felicidad desconocida» (Hernández Sandoica, 2022; 208).
31. Había pensado mucho en que el *genio* y el *sentimiento* están ligados, y con este bagaje, y puesto que la mujer –insiste en este punto– es más *sensible* que el varón (está de acuerdo en ello con el pensamiento dominante), se encara Acuña con el espinoso asunto de la menor capacidad cerebral de la mujer, para afirmar segura, con un conocimiento bastante certero de lo que se debate en ese momento, que la diferencia indiscutible y *real* que se percibe entre uno y otro sexo procede, solamente, de una desigual educación.
32. Y hace votos, en fin, por ver llegar el día en que, superada esa distancia, la mujer alcance al varón, aunque, bien entendido, «*sin adelantarle ni detenerle*», dejándole a su vez seguir con su trabajo (propio de *varón*) mientras que ella, la mujer, se implica fuertemente en el sostenimiento, material y moral, del propio hogar (que es, en definitiva, su modo particular –y cada vez más decisivo– de contribuir al progreso social).⁴ Sin duda complacería a muchos varones progresistas el escuchar esta recomendación de Rosario de Acuña a las mujeres, hecha en 26 de septiembre en el mismo periódico: «Dejad al hombre cumplir con sus destinos, y tomad sobre voso-

4 «En el campo. IX. El trabajo (El arte)», *El Correo de la Moda*, 26/6/1884.

tras el gobierno interior y esencial de la familia, y en ese gobierno desplegar toda la poderosa iniciativa de vuestra inteligencia, toda la elocuencia omnímoda de vuestros sentimientos: esa casa es vuestro Estado, ese recinto es vuestra Nación y vuestro Pueblo, vuestro santuario, vuestra Religión, vuestro pasado y vuestro porvenir...».

33. Es el suyo, a pesar de ese patrón moderado, otro modelo de mujer diferente –como *mujer agrícola* se definió enseguida (Díaz Marcos, 2012)–, alternativo al que había vuelto en España a prosperar con la involución conservadora que siguió al hundimiento del Sexenio liberal –aquel patrón de *ángel del hogar* que Rosario de Acuña no compartió nunca, creyéndolo deficiente por dar pábulo a la frivolidad en las mujeres y ser improductivo y estéril, además de verlo subordinado en exceso a los deseos más fútiles del varón–. Falto de autonomía personal y carente de utilidad en cuanto a las funciones de la mujer en el hogar, escribió contra él Rosario de Acuña muchas páginas críticas y amargas, podría decirse que crueles incluso, y solo más adelante comprensivas de las consecuencias sociales más nefastas que, para las muchachas pobres, acarrearía la división social. Le aterraba, como a muchos de los reformistas de su tiempo, la cuestión de la prostitución.
34. El modelo de vida femenino que Acuña ofrece en cambio, de su propia invención y aplicado a sí misma al recluirse en Pinto –y por eso lo *escribe y pinta* con entusiasmo, tan gráfica va a ser su descripción para convencer a las lectoras de sus beneficios–, anuncia un mundo *nuevo* con la mujer («de su casa») en el centro. Con insistencia afirma que ese cambio de vida que les está proponiendo a sus congéneres (dejar el medio urbano y, sin aislarse del todo, huir de su contagio material y moral), no debe situar a las mujeres en un plano inferior al de sus compañeros varones, pues cumple cabalmente una doble misión: ensalzarse e ilustrarse ellas mismas –apartándose del vicio y la oscuridad malsana de la urbe mientras se invisten de una dignidad que les dará el trabajo manual y una espiritualidad que provendrá de la limpieza del aire y el color del cielo–, y propiciar el bienestar y la prosperidad de la familia, interviniendo la propia ama de casa hasta en la paulatina construcción de *su* hogar.
35. Pues la vivienda *en el campo* debería ser, con toda preferencia, una casa *en propiedad*. Una red de pequeñas unidades económicas abocadas a un parcial autoconsumo se dibuja por tanto, de este modo, como estrategia

que enseguida –lo explica y redondea– debería volverse de importancia en su impulso a la reparación del abandono del campo español. Además de esa contribución a paliar la *decadencia* del país –por lo que la patria debería a las mujeres un eterno reconocimiento–, sería allí, en la bonanza campesina, donde la mujer lograría para sí misma esa paz interior que en la ciudad no encuentra, absorta en el ajetreo cotidiano. Allí, en el campo, ante la luz del sol y al aire libre, donde el agua es más pura y se tiene contacto con la naturaleza, la mujer que entonces languidece en la ciudad podría vivir más sana y más libre, con sencillez e higiene: «Hagamos nuestra casa con arreglo a nuestra manera de vivir, y vivamos en armonía con el nido que hicimos».

36. Correspondía ese patrón al propio hogar en que Rosario de Acuña se había recluso voluntariamente, tras las muy altas tapias de una villa agraria muy cercana a Madrid, en una casa construida a su gusto, con «muchas ventanas que dejen pasar la luz...», una vivienda nueva, completa en dependencias y animales domésticos, rodeada de árboles y de vegetación. Un refugio rural, en resumidas cuentas, construido a su gusto y según sus cuidadosas instrucciones (la «Villa-Nueva», le llamó), un lugar de residencia para escribir –y para pensar– que esperaba tranquilo, sobrio y cómodo. No todo sucedió como esperaba, pero el hecho es que allí residió más de década y media, y allí consolidó su pensamiento anticlerical y librepensador, en solitario tras la muerte del padre. Ella misma contó, tiempo después, que «impuso» al matrimonio la condición de vivir «en los campos», pero que iba a dejar libre al marido para moverse de aquí para allá, con tal de que él respetase su deseo de apartamiento de la ciudad y «las sombras».

37. Al comenzar a colaborar en el semanario *Las Dominicales del Libre Pensamiento* en los primeros meses de 1885, volvería Rosario de Acuña a insistir en propagar entre las jóvenes lectoras (espiritistas, demócratas y librepensadoras que la habían acogido entusiasmadas) una persistente idea suya, heterodoxa en cuanto a la ortodoxia teórica imperante en la gente masona y librepensadora, pero en la práctica dificultada más de una vez (Lacalzada, 2002, 2006). Se centraba en que la mujer es la protagonista del cambio, que todo avance vendría de su mano y su papel, y –en la perspectiva de Rosario de Acuña en aquellos momentos– que ese cambio protagonizado por la mujer se conseguiría solo a partir del hogar. Hay que insistir en que, en Acuña, se trata de un *hogar semiurbano* o periférico a las urbes, lo suficientemente lejos como para verse a salvo de la insania de las ciudades y de su capacidad de contaminación física y moral (la *envidia* y la *vani-*

dad las consideraba entonces Rosario de Acuña, ingenuamente, como un mal específicamente urbano, aunque después convendría en su carácter ubicuo, universal).

38. Desde ese tipo de hogar –un hogar como el suyo propio– cree Acuña que las lectoras, tal y como ella misma estaba haciendo (disfrutar de la soledad de su quinta de Pinto, cerrada a cal y canto a los extraños, para poder, aislada, escribir), podrían participar en la vida pública, según su habilidad y conveniencia: «Nada os impedirá llevar a los campos sociales la luz de vuestra inteligencia en obras literarias, patrióticas e industriales, que a nada os obligará más que al culto de la belleza o de la verdad».
39. Dirá después, en más de una ocasión, que algunas de sus ideas al respecto –sobre todo la crianza de aves, que ella misma pondrá en práctica años más tarde, ya en Cantabria– vienen inspiradas en cierto caso real que conoció una vez en Francia. Pero lo que era original del todo en Rosario de Acuña, hay que tenerlo siempre en cuenta, es el papel central que otorga a la mujer en su idea o proyecto de *regeneración* nacional –utópico sin duda en aquellos momentos, y más como solución particular de la escritora, pero nada insensato a medio plazo–. Puesto que amaba enormemente a España y le dolía su atraso y abandono, debe ser justipreciada en su contexto general esa propuesta suya, *femenina*, de recuperación económica y social del país, un país cuyo proceso de depauperación y despoblación del campo era constante, provocando hambre y emigración, además de reproducir atraso e ignorancia. Y ello, sin desvincularlo de una idea precisa de la importancia de la *maternidad* que Rosario de Acuña sostenía: las madres como educadoras prácticamente insustituibles. Así, criar los hijos en plena naturaleza, haciéndolos partícipes de sus secretos y sus enseñanzas –como propugnó toda su vida– supondría, en su lectura arbitrista, que, al crecer, los varones no querrían dejar aquel campo en el que habrían aprendido y disfrutado tanto; aquella experiencia de unidad y fusión con la naturaleza los habría hecho afectos a la tierra, de modo que no querrían ya emigrar, supone ella en fin... La mujer es así, también por esta vía, «la única que puede hacer racional al hombre».
40. Pero ¿quién duda de que era esta una carga titánica que la escritora – que no fue madre– hacía recaer sobre los hombros de las mujeres situadas *en el campo*...? «Siempre dependerá de la mujer», repite Acuña una vez tras otra, el mantenimiento de «la armonía familiar», y siempre sería ella la

depositaria del *amor*. Un Amor, si se quiere, que a todos los efectos podría referirse con mayúscula, al modo de la masonería, humanitario, y entendido como la «ternura más exquisita».

41. Con todo, no sabría (y mucho menos, querría) Rosario de Acuña tolerar las veleidades e imposiciones masculinas en el día a día: había ido cultivando un grado de *autonomía* personal que le exigía, acaso por decoro y autoestima, ofenderse ante los desaires y los desprecios del varón. Estaba acostumbrada desde niña al afecto y la ayuda incondicionales de su padre, que sería para ella eternamente su modelo perfecto de varón. Separada de su marido desde finales de abril de 1883 –aunque continuó obligándose ella misma a visitarlo periódicamente durante un par de años más–, Rosario de Acuña estaba pidiéndoles por entonces a sus contemporáneas, por si lo anterior no fuera poco, que se mantuviesen pacientes ante los problemas en la casa y la familia, que no se impacientasen ni renunciasen a su entrega proverbial al hogar: «Jamás profanéis lo divino con vuestras quejas humanas, nada de lo pequeño de aquí abajo puede osar a la grandeza de allá arriba. El dolor es patrimonio del hombre; la felicidad es el imperio de Dios [...] Nuestra vida terrenal es menos que un segundo». Y es que la escritora nunca dejó de tener en la cabeza el más allá.
42. Habría muchas turbulencias en su vida entre ese tiempo en el que todavía se estaba presentando Acuña a las lectoras, haciéndoles partícipes de su propia transformación experiencial, y aquel otro periodo que había quedado abierto, aunque fuese de modo solapado, con su entrada triunfante en el espacio de las ideas políticas a contracorriente que abrazó a la vista de todos a partir de diciembre de 1884, el campo que ocupaban las corrientes librepensadoras. Comenzaría entonces su desclasamiento voluntario, dejando a un lado a parte sustancial de su extensa familia tras su separación y el casi simultáneo enfrentamiento abierto al poder de la Iglesia. Asumiría a cambio el apoyo de una nueva familia, ligada a la masonería y la república, y aunque ella misma gustaría de presentar ese salto como una «conversión», en un relato de voluntad onírica, se trataría más bien de la culminación de un proceso complejo de lo que se percibe como una *identidad reconstruida* después de atravesar un persistente y crudo duelo interior, desatado por la muerte del padre y sus tribulaciones de conciencia. Comenzaba para la escritora de este modo difícil y penoso una nueva vida, «vida nueva» asumida por ella como su *verdadera vida* en realidad.

43. Con una fuerte vocación y un sentimiento auténtico de autonomía e igualdad sexual, Acuña iría avanzando siempre más allá que muchas de sus contemporáneas –aun reteniendo pudores y silencios de otra época, y tardando igualmente en entender que, para conquistar la igualdad entre los sexos, era también preciso el derecho al sufragio–. En la batalla contra la sujeción de la mujer a los poderes patriarcales, amparados o capitaneados por la Iglesia católica, Acuña estuvo siempre en primera línea, y esa fue la razón de la persecución e inquina que sufrió y que tanto contribuyeron a ordenar su existencia en fases alternantes de hundimiento y de exaltación. Volney Conde-Pelayo diría una vez en *El Noroeste* de Gijón (24 de junio de 1916) que «en nuestro país se siente un general desprecio hacia la mujer», y que «cuando esta es sabia, el desprecio se trueca en envidia y odio». Esto cumplía del todo a la experiencia vivida de Rosario de Acuña.



Caja de cerillas con la imagen de la escritora perteneciente a una colección de mujeres literatas editada en torno a 1905. La fecha de nacimiento que figura es errónea –aunque así se creyó por mucho tiempo–, pues Rosario de Acuña nació en Madrid realmente el 1 de noviembre de 1850

2. La escritura de una librepensadora

44. La obra escrita que Rosario de Acuña nos legó es verdaderamente ingente, y aún es muy posible que no tengamos todo aquello que de ella pudiéramos leer y valorar. El dramaturgo Joaquín Dicenta, amigo suyo, sin compartir las filosofías deístas y espiritualistas de Rosario de Acuña y sus preocupaciones acerca de la inmortalidad y la naturaleza –él era, sencillamente, ateo–, dijo una vez, con Acuña ya anciana, que, si aquella mujer hubiera entrado en la Academia de la Lengua, se hubiera producido en España «una perturbación saludable para las letras». Hubiera sido un símbolo pionero, posiblemente, de cambios de futuro que hubieran ido en correspondencia a su adelantamiento en tantas cosas, pero eso no sucedió.

Tampoco ella lo pretendería nunca, bien al contrario, habría de comentar jocosamente que ¡qué podría hacer ella en tal lugar...!

45. Solo a modo de ejemplo tomaremos otra vez el año de 1885, un año importante en la vida de la, ya por entonces, conocida escritora, en el que se producen giros decisivos que orientan su existencia. Fue un año para ella lleno de luz –esa luz que tanto buscaba desde la infancia, y cuyos matices tan bien expresó–, porque en el mes de junio operaría sus ojos el doctor Santiago de los Albitos, en Madrid, y esa vez sería ya la intervención definitiva, exitosa. En un plazo muy breve estuvo recuperada Rosario de Acuña y volvería a escribir. Había temido que tendría que dejar de hacerlo, y durante los meses previos le estaba pesando enormemente el no contar con la facilidad que deseara para proseguir sus artículos en *Las Dominicales*. En este semanario principalmente la serie que se tituló «¡Ateos!», había levantado polémica muy fuerte... Y Acuña quería seguir abundando en la defensa de esa espiritualidad contraria al dogma que esbozaba allí (Díaz Marcos, 2019).
46. Pero sí había alcanzado a contestar aún, a principios de febrero de 1885, a una carta que insufló grandes ánimos a la autoestima de aquella flamante librepensadora, reconocida como tal, y que iría inclinando su voluntad a ingresar antes o después en la masonería. Venía desde la logia Luz de Finisterre, de El Ferrol, donde refiriéndose a su reciente incorporación al órgano principal de los librepensadores, su Gran Maestro concluía: «Vuestra adhesión nos asegura el triunfo». Fue para ella una inyección de optimismo, una ráfaga de luz interior para los altibajos en la seguridad en sí misma y los titubeos de autoconfianza, en cuanto a lo acertado o no de su pensamiento, dudas que Rosario de Acuña habría vuelto a experimentar bajo la presión de alguno de los librepensadores (varones) con los que ahora, ya desde dentro de las filas de *Las Dominicales*, discrepaba, y cuyo juicio temía en realidad.
47. Le confortaría sin embargo leer la definición de librepensamiento que en esa misma carta le daba el Gran Maestro de la logia ferrolana: «No es una doctrina sistemática; no es una secta ni una escuela; pero es mucho más. Es la afirmación de que el espíritu humano necesita, para volar hacia la verdad, romper las ataduras dogmáticas con que le sujetaron la preocupación y el interés de siglos de ignorancia». Era todo cuanto ella quería sostener, sin buscar más allá compromisos o filiaciones más estrechos. Y, aún

más, decía aquel: «Es más que la libertad política, porque esta devolvió sus brazos al siervo, pero aquella devuelve sus alas al espíritu. No es tampoco la negación de la religión como propalan los modernos fariseos. No: el libre-pensamiento no divide a los hombres en ortodoxos y herejes, porque sabe que no es doctrina la religión, sino sentimiento, no es odio teológico, sino amor».⁵ Toda religión es amor, unas y otras por igual. Así lo sostendría Rosario de Acuña a lo largo de toda su vida, «creer» es puro sentimiento y emoción, está lejos del dogma y la razón.

48. Se le había revelado a Rosario de Acuña, poco a poco, la importancia de multiplicar la confirmación de intuiciones similares: «Nada será la libertad de pensamiento si no es convertida en santo y seña de la mujer». Traería, pues, ella misma al periódico esas *creencias* que, así lo dijo, ni por nada ni nadie iba a cambiar –lo advertía, sin especificarlas–, creencias que había ido adquiriendo a través de la observación, y con las que había ido «devanando» en su cerebro «el hilo de todas clases» con el que desde hacía tiempo las tejiera. Se tardaría en vencer –es su convencimiento–, tendrían que pasar muchas generaciones y habría que ser pacientes («¡espera!» es el grito que le llega de arriba), pero ya era el momento de entrar «con resolución en el camino de la verdad».⁶ Por entonces, entre las muchas mujeres lectoras del periódico que aplaudieron el gesto generoso de la escritora de fama (Rideout, 2017), Amalia Domingo, entusiasmada, definía a Rosario de Acuña como «el tipo perfecto de la mujer del porvenir», es decir: «un alma indomable por su fuerza moral: reflexiva, prudente, observadora y analítica...». Una mujer poderosa y singular: «cada pensamiento suyo es una sentencia».⁷

49. La relación conyugal difícil que había venido sosteniendo durante siete años afianzaría en ella su firme convicción de que es solo la diferente educación dada a niños y niñas en el hogar y en la escuela, en cuanto a valores,

5 *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 8/2/1885.

6 En ese mismo mes de enero firmaría, desde Pinto, los ocho artículos de la serie «¡Ateos!». Los verdaderos ateos, dice la librepensadora, no son quienes, como ella, encuentran a Dios (encarnado en la luz) en la naturaleza bajo todas sus formas, sino al contrario, aquellos que niegan el progreso, porque «negar al hombre», dice Acuña, «es negar a Dios». Es dentro de esos textos donde por vez primera la escritora revela compasión por las mujeres, que sufren la rudeza y el desprecio tan frecuentes en el varón, y que tantas veces puede llegar a convertirse en violencia. Lo hace cuando aborda un asunto que durante un tiempo la obsesionará, la prostitución femenina, cuyo origen remoto atribuye también a la influencia de la Iglesia.

7 Amalia Domingo, en *La Luz del Porvenir* 4/6/1885, al reproducir «¡Ateos!».

prácticas materiales y emociones, la que los diferencia artificialmente, actuando sobre su sensibilidad –he ahí su modo de entender el género– y, a medio plazo, la que hace inviable la compenetración entre los sexos. Su parábola *Casa de muñecas* (1888) articula más tarde ingenua y tiernamente esa percepción. En *Sentir y pensar*, sin embargo, dominaba todavía (1880) la perplejidad dolorida del fracaso: «¿Para qué me ha servido la pureza / de mi conciencia? ¿Para qué el anhelo / con que he fijado siempre la mirada / en el azul espléndido del cielo? / ¿Para qué ese temor, pueril acaso, / a un Dios que nunca hallé, ni vi tampoco...?». Al disolverse la pareja, en aquel su primer relato de ficción en que se rompe trágicamente una relación amorosa, y en donde la que pierde es la mujer, la conclusión de Rosario de Acuña había sido ya clara: son los «peligros de *sentir* sin pensamiento», para la chica abocada al suicidio; para el varón en cambio, que se casa con otra y tiene hijos, ahí estarán, escuetas, las «ventajas de *pensar* sin sentimiento...». Pero lo cierto es que la misma Acuña, seguidora de un patrón de relación armónica y complementaria entre los sexos que no fue infrecuente en su época –aunque en España no tuvo muchas representantes femeninas–, ni sabría ni querría separar su *corazón* –la emoción y el sentimiento– de la imperiosa arquitectura racional que ella creía venida del cielo, como una pequeña gota o soplo del espíritu que, en resumidas cuentas, constituía el *alma*.⁸

50. Así en 1888, en «Consecuencias de la degeneración femenina», la conferencia dada en el Fomento de las Artes madrileño en 21 de abril –charla que tanto aplaudieron las mujeres asistentes y tanto escandalizó en cambio a la derecha católica, que habló sin paliativos de su «delito o caso de psiquiatría», y llamó a la escritora blasfema y renegada–, Acuña describe a la mujer como «una masa informe de músculos relajados, nervios vibrantes, cerebro empobrecido y formas angulosas...». Una mujer que, entre otras limitaciones de expresión corporal, sufriría la censura y autocensura del lenguaje, la más grave para ella: «Como mueve los pies mueve los labios, y así como la voz hay que emitirla a compás, sin darle el menor relieve, el concepto, el fondo de la frase, es menester que sea de una simplicidad ano-

8 Con el tiempo aclararía que concibe las almas de dos tipos, las que «dan» (con mayúsculas), *almas-energía*, y aquellas otras que «no saben dar», que son *almas vegetativas*, «negras y hoscas, frías y duras», que «lo quieren todo hecho, sabido, dominado, a las cuales estremece el pensar, horroriza el desear, espanta el dudar y acoquina el sentir», y para las que «el mayor peligro es el horizonte, lo desconocido, lo imprevisto...» («El caso del obrero ovetense Faustino Fernández», *El Noroeste*, 17/1/1916).

dina y dulzona, que no se extralimite más allá de las expresiones inocentes». En fin, concluiría: «el cerebro de la mujer no piensa», su inteligencia ha sido «petrificada», y en ella se exacerban los sentimientos; pues la mujer solo ama –no hay en ella ni un átomo de *virilidad*–, y además, si ama es como madre... Por eso acabaría insistiendo Rosario de Acuña: no esperéis nada del varón, porque «jamás seréis su mitad siendo sus libertas...»

51. Otra nota casi constante de su acción, una vez comprometida activamente con la idea de república, es que Rosario de Acuña pugnó y debatió por ver reunidos a los republicanos, siendo su fe política eminentemente pimargalliana y federal, pero después cercana a Melquiades Álvarez y luego decididamente afecta al socialismo, ya viviendo en Asturias (Sánchez Collantes, 2018). Se sintió traicionada muchas veces por los «viejos» republicanos, y así lo narraría ya avanzada su vida, quejosa de la altivez del prócer Salmerón cuando ella le pidió ayuda, o del desaire de un veleidoso Esquerdo, alejado de ella por el paso del tiempo. Nunca querría llevar más etiqueta Rosario de Acuña, sin embargo, que la de la esperanza en el progreso y el triunfo de la razón, como creía ella que debería ser una buena masona.
52. Al doblarse el siglo XX, ratificaba su fe racional en momentos de desmayo general e intentos de revitalización del librepensamiento. El de 1902 vuelve a ser un año de mucha escritura y actividad en la vida de Rosario de Acuña, mas no toda exitosa. Veía en Cantabria, donde entonces vivía, cómo se estaba diluyendo la influencia social y educativa de los partidarios de la laicización, ante el crecimiento del empuje jesuítico entre trabajadores y familias de clase media. Los jesuitas son los que están borrando –y a toda velocidad, escribe Acuña a 15 de septiembre de 1902–, «la enorme labor salvadora que los racionalistas españoles hicieron en las tristes décadas de la Restauración».
53. Ello se encontrará en un escrito de Rosario de Acuña, que la prensa recoge, dirigido a Fernando Lozano, *Demófilo*, pidiéndole que hiciera llegar al Congreso Internacional de Librepensadores que se reuniría en Ginebra entre 14 y 18 de diciembre, su «adhesión firme y entusiasta», para que «se una mi voluntad a la de todos cuantos concurren a esa asamblea racionalista, porque es preciso que nos recontemos, sin desmayos ni cobardías, en estas horas de crisis suprema para la racionalidad de la especie». Ve cómo, desde «todos los rincones del mundo, surge el pasado, empujando corrien-

tes atávicas sobre la erguida vanguardia de los pensadores humanos...», y cómo están volviendo los errores y las supersticiones que ampara la Iglesia especialmente en el suelo español –Asturias y Cantabria significadamente, donde la secularización era tan dolorosa y «conflictiva»–. Solicita la veterana pensadora que se pida para España, en aquel foro internacional, la garantía de una verdadera tolerancia religiosa, tolerancia «consignada en las leyes, [pero] violada y escarnecida en las costumbres.» Y, cree que el país, en contra de lo que se había tratado de difundir por los defensores del régimen, no obedece realmente a comportamientos liberales y democráticos, sino que era la «antecámara pavorosa de un retroceso histórico hacia el siglo de Torquemada».

54. Rendida definitivamente ante los sentimientos y aspiraciones éticas y políticas de *justicia* y *equidad*, Acuña habría de comprender aún que se anunciaba un mundo nuevo en la prédica y la acción del socialismo, y entonces asumió con entusiasmo ir de su lado hasta el fin de su vida. Si el proletariado luchaba contra sus propios errores (el alcoholismo y la violencia ocasional), creía que podría atisbarse ese horizonte de libertad y fraternidad que, desde que conoció el código francés republicano, ansiaba ver cumplido, si bien durante mucho tiempo creyó que debería aplazarse. Con las movilizaciones en Rusia y el estallido «sanador» de la guerra en Europa, creería en cambio Acuña que se estaba avanzando con rapidez por la ruta que conducía derecha hacia un mundo mejor.

55. Había sido en 27 de febrero de 1902 cuando se publicara por vez primera en *El Cantábrico*, de Santander, una «canción» de Rosario de Acuña, de fuerte aliento épico, titulada «La Marea», que –reproducida después muchas veces, y adoptada en 1936 por la CNT–, permite apreciar con claridad su acercamiento al mundo del trabajo en la fábrica. Es un canto revolucionario, que anima a la movilización como aliento a aquella transformación purificadora de la humanidad que tanto anhela, y nos deja ver, de paso, cuál es ahora su visión compasiva de la mujer caída en la prostitución («la virgen que se vende»), mujer «fustigada por el látigo del hombre [...], agobiada de cansancio y de miseria». Junto a ella desfilan en el canto mineros, niños sin amparo, pobres desvalidos, todos ellos seres humillados y vencidos. Son cuantos forman «la marea» que circula ya en marcha, que ya se acerca... Entre tanto, la propia Acuña querría contribuir a la extensión de la higiene entre el proletariado, y así se dirigiría a sus mujeres en el Centro Obrero de Santander el 23 de abril de aquel mismo 1902: «Tenga en cuenta

la obrera los tres elementos más esenciales de la higiene: la luz, el aire y el agua, y veamos de qué modo, con la escasez de numerario que posee, puede hacer que esos tres elementos contribuyan a la salud y bienestar de la familia».

56. Será ya en Asturias donde exprese ella misma más de una vez, con su palabra y su comportamiento, la cercanía creciente con el socialismo, en el que ahora confía como agente activador del esfuerzo hacia el perfeccionamiento de la humanidad: «No soy socialista en el sentido dogmático ni científico de la palabra» –su particular concepto del librepensamiento se lo habría impedido en realidad–, «pero mi corazón y mi conciencia han sabido sobreponerse a las preocupaciones de raza y a los convencionalismos de las costumbres y han saltado sobre los preceptos en que me eduqué». ⁹ Para entonces, su defensa abierta del valor de las mujeres y de su autonomía, como derecho inalienable, es inequívoca, y ella especialmente confía en la fuerza de las mujeres proletarias.
57. Este será el balance de su vida que hace ella misma unos cinco años antes de desaparecer, contando ya 67: «Mujer de otro siglo, solo quise ser *poeta*, desde mis siete años en que hice el primer soneto, y al fin, solo he conseguido *ser pensadora por mí misma*, sin que por eso deje de estar sentimentalmente al lado de los sufrientes, vencidos, responsables o débiles, y en contra de verdugos, hipócritas, brutos o vanidosos que forman la legión de los egoístas. Y solo por esta sentimentalidad escribí para el público, dándoles a mis compatriotas aquello que imaginaba ser lo mejor de mi alma, sin pretender a cambio ni sacarles los cuartos ni siquiera esperar de ninguno el más leve pláceme. [...] ¿Escribí revolucionariamente...? No lo sé. Mas, aunque así fuera, las escritoras en España no podemos hacer más que revoluciones *blancas*...» ¹⁰ Con todo, unos pocos años antes, ya dijimos que había tenido que huir a Portugal antes de ser encausada por un fuerte alboroto que suscitara uno de sus artículos.
58. Pero conserva el buen humor, al menos con los viejos amigos que aún la recuerdan y le piden artículos. No lamenta su suerte como mujer, de ningún modo, como le diría a Nakens en la primavera de 1920, ¹¹ ni mucho menos envidia a los varones. Cree que las mujeres «somos menos irraciona-

9 [A Ángel Martínez], firmado en Gijón, 25/8/1915, *La Aurora Social*, Oviedo, 3/9/1915; *El Gladiador del Librepensamiento*, Gracia (Barcelona), 19/1/1918.

10 «Carta abierta [a Roberto Castrovido]», firmado en Gijón, 31/5/1918.

11 «Carta abierta [a José Nakens], *El Motín*, 17/4/1920.

les que los hombres», y eso sí, si ella volviera a nacer –afirma entre bromas y veras–, se haría «beata del Sagrado Corazón». Aparece contenta y enormemente lúcida en sus otros escritos donde habla del progresivo afianzamiento social de la mujer, al tiempo que rechaza la *guerra de los sexos*, a su juicio un camino equivocado que distrae del «verdadero destino de la humanidad».

59. Al felicitarla Ángeles López de Ayala por haber recibido un premio de mil pesetas,¹² aquella subraya tanto la pobreza en que vivía entonces la escritora madrileña afincada en Asturias como su magisterio y su bondad: «¡Mil pesetas! Nada en otras manos; y nada realmente si atendemos a tus merecimientos», le escribía. «Porque esa cantidad debiera multiplicarse por diez cada año para que no viviera con mezquindad la mujer que ha prodigado la nobleza de su alma al género humano, con generosidad indescriptible.» Y, además, añade la espiritista y librepensadora feminista, «tú fuiste mi maestra, de ti aprendí a pensar *honradamente*; la grandeza de tus sentimientos se me *contagió*, y la que solo contaba con el antecedente de haber leído una buena biblioteca de autores selectos, atesorando en su alma un poco de poesía de la mucha que tiene la tierra sevillana donde vio la luz primera, se enajenó de gozo al admirar tus dotes, y corrió hacia ti como dice el poeta que ‘los ríos corren a la mar’». Otras muchas mujeres la reconocían también como su referente.
60. De vez en cuando quisiera Rosario, desmayada y abatida, emigrar a América... Pero lo no hará. Todo lo espera del proletariado y nada ya de la burguesía, aunque no deja de subordinar el verdadero progreso humano a la *bondad* de hombres y mujeres. Por encima de las atribuciones partidistas, seguirán siendo siempre para ella de orden superior valores como la justicia y la equidad.¹³
61. Murió Rosario de Acuña el 5 de mayo de 1923, pocos meses antes de que la monarquía alfonsina le abriera el paso, con graves consecuencias para el propio régimen, a un dictador. En uno de sus últimos cuentos («El país del Sol»), la escritora advertía, esta vez en parábola, de los peligros crecientes que entrañaba la alianza del trono y el altar, con la mediación del ejército. De haber tenido vida para ver el inminente refuerzo de este último,

¹² «Señora doña Rosario de Acuña», *El Motín*, 1/5/1920.

¹³ «[A Matías Suárez Fierro]», *El Noroeste*, 6/2/1917: «Porque, amigos míos, el caso del porvenir no está en ser socialista, ni anarquista, ni burgueses, ni ricos, ni pobres, ni religiosos, ni ateos: el caso del porvenir está en ser hombres y mujeres buenos...»

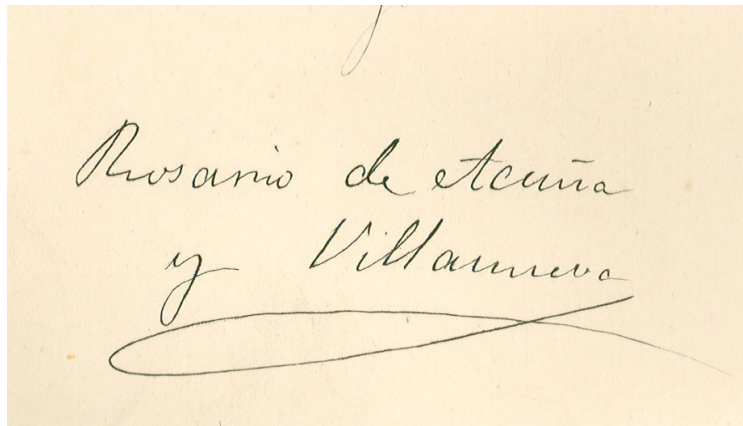
quizá habría sentido Rosario de Acuña como pocos, en el fondo del alma, los riesgos de futuro que, a medio plazo, y en dirección contraria al progreso y a la libertad, le traería a España aquella defección. Pero la librepensadora, espiritualista y evolucionista impenitente que sería Rosario de Acuña murió creyendo seguramente que todo cambiaría alguna vez en la dirección marcada por *la luz* que llevaba al progreso, y ello a pesar de ese rumbo torcido que, desde los años previos a la guerra mundial, parecían llevar a la humanidad hacia un destino inverso a su avance espiritual y moral. Al menos la escritora, creyente en la liberación de su alma al escapar del cuerpo, iba a salvarse pronto de sufrir la tensión y violencia cotidianas del discurso político, no solo improductivas sino envenenadoras para esa patria que ella tanto amó.

62. Su «Última confesión», composición serena y luminosa que firmó en 1922 y no había sido publicada todavía cuando Rosario de Acuña murió, contiene la alegría de la vida futura junto al lamento por no haber segado aún todo lo que sembró: «El día terminó; la noche llega; / he sentido, he pensado y he llorado, / amé y odié, pero jamás ha dado / asilo el alma a la pasión que ciega. // La fe en el porvenir mi ser anega; / constante y ruda-mente he trabajado; / sufrí el dolor con ánimo esforzado, / y sembré mucho sin hacer la siega. // Gané el descanso en la región ignota / donde reina la paz del sueño inerte; / pero la luz que de la mente brota // y en ruta eterna sus destellos vierte / será encendida en estación remota. / ¡Tendré otro día al terminar la muerte!». ¹⁴

63. Un fiel amigo de sus últimos años, José Nakens, escribió en *El Motín*, el 12 de mayo de 1923, palabras justas de reconocimiento para aquella mujer valiente, tan fuerte y a la vez tan vulnerable, quebradiza de puro sentimiento, pero generosa sin límites: «No hizo daño a nadie y empleó su pluma, su palabra y sus escasos medios pecuniarios en auxiliar a los caídos, a los pobres, a los ignorantes». Ciertamente es que habría podido «medrar haciendo la corte a los poderosos, y prefirió defender a los que no lo eran», bastaba con no haberse separado de su clase y haber empleado su pluma en narraciones brillantes, que serían aplaudidas de seguro. Como aquel viejo republicano querría ver, esta traición a sus orígenes –junto a la libertad de que gozó su palabra– era quizá «su más cumplido elogio».

¹⁴ *El Motín*, 30/6/1923.

64. Regina Lamo publicaría en 1933 por vez primera una poesía de Rosario de Acuña que se titula «Vida nueva», inédita hasta entonces (Lamo, 1933) y resumen de las expectativas trascendentes de una mujer de corazón inmenso e inteligencia siempre inquisidora, que llegaría al final de su existencia empeñada en creer que «la muerte es un sueño, un dulce descansar». Quiso dejar Acuña, junto con sus escritos, este legado: que la muerte es una dulcísima caída en los «instantes impalpables y fugitivos que separan el sueño de la vigilia». Así, la muerte como tan solo uno –y no el más triste– de esos momentos turbadores en que el descanso «nos sorprende en las invisibles mallas de su deleitosa red».



Bibliografía

ARKINSTALL Christine, «Haciéndose Hipatia: muerte y resurrección en los escritos elegíacos de Rosario de Acuña», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019, p. 43-80.

_____, *Spanish Female Writers, and the Freethinking Press, 1879-1926*. Toronto, University of Toronto Press, 2014.

_____, «Configuring the Nation in fin-de-siècle Spain. Rosario de Acuña's *La voz de la patria*», in *Hispanic Review*, University of Pennsylvania Press, vol.74, n° 3, 2006, p. 301-318.

BLANCO CORUJO Oliva, «Sentir hondo. Pensar alto. Rosario de Acuña y 'La jarca de la universidad'», in *La querella de las mujeres XII: las mujeres sabias se querellan*, SEGURA GRAIÑO Cristina (coord.), Madrid, Almudayna, 2011, p. 167-182.

BOLADO GARCÍA José, «Mariposas del alma: corrientes y remanso en la voz poética de Rosario de Acuña», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019, p. 81-116.

_____, «*Hipatia* en las tierras ibéricas. Un viaje inacabado», in *Le voyage comme source de connaissance et d'utopies aux XIX^e et XX^e siècles*, Españ@.31 ; Équipe de recherches Lettres, Langues et Arts (Toulouse), HIBBS Solange y BALLESTÉ Jacques (eds.), Lansman, 2013, p. 09-132.

_____(ed.), *Rosario de Acuña. Obras Reunidas*, 5 vols., Oviedo, KRK Ediciones, 2007-2009.

_____, «Introducción: Rosario de Acuña, escritora y vida aventurada», in *Rosario de Acuña. Obras Reunidas*, vol. I, BOLADO José (ed.), Oviedo, KRK Ediciones, 2007, p. 23-463.

_____, *Rosario de Acuña. Artículos y cuentos*, Gijón, Ateneo Obrero, 1992.

CAPEL Rosa María (ed.), *Acción y voces de mujer en el espacio público*, Madrid, Abada, 2021.

CORREA RAMÓN Amelina, *Amalia Domingo Soler y el espiritismo fin de siglo*, Madrid, Archivos Vola, 2021.

DÍAZ MARCOS Ana María, «*Su Dios no satisface mi razón*: mujer, ateísmo y fe en la obra de Rosario de Acuña», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019, p. 127-158.

____, *Salirse del tiesto: ensayistas españolas, feminismo y emancipación (1861-1923)*, Oviedo, KRK Ediciones, 2012.

____ (ed.), *Rosario de Acuña. La casa de muñecas*. Sevilla, ArCiBel, 2006a.

____, *El ateísmo en las escuelas neutras*. Sevilla, ArCiBel, 2006b.

ESPARCIA GIL José Luis y otros, *Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923). Vigencia de una pensadora*. Pinto, Seminario de Historia Local de Pinto, 2023.

ESPIGADO TOCINO Gloria, «Preparando el camino de la emancipación: voces críticas y acción colectiva femenina en el XIX», in *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, YUSTA RODRIGO Mercedes y PEIRÓ MARTÍN Ignacio (coords.), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, p. 85-113.

FERNÁNDEZ RIERA Macrino, *¿Quién fue Rosario de Acuña?*, Albacete, Uno editorial, 2017.

____, *Rosario de Acuña y Villanueva. Una heterodoxa en la España del Concordato*, Gijón, Zahorí Ediciones, 2009.

____, *Rosario de Acuña en Asturias*, Gijón, Ediciones Trea, 2005.

____, <https://rosariodeacu.blogspot.com/> y <https://www.rosariodeacu-na.es/obras/>

HERNÁNDEZ SANDOICA Elena, «Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923): librepensadora, masona, republicana, filo-socialista y santa laica», in *Pioneras en la España Contemporánea. La lucha de las mujeres por su emancipación*, MARTÍNEZ RUS Ana y PALLOL TRIGUEROS Rubén (eds.), Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2023, p. 19-52.

____, *Rosario de Acuña. La vida en escritura*, Madrid, Abada, 2022.

____, «Voces y silencios de Rosario de Acuña», in *Baetica. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, 41, Málaga, 2021, p. 295-335.

_____(ed.), *Rosario de Acuña, Hipatia (1850-1923). Emoción y razón*, Madrid, Abada, 2019a.

_____, «Introducción», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019b, p. 9-41.

_____, «La maternidad espiritual de Rosario de Acuña. Cartas de guerra e intimidad epistolar», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019c, p. 233-280.

_____, «El poder ambidiestro del lenguaje: injuria, género y sexualidad en 'La jarca de la universidad' de Rosario de Acuña, 1911», in *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena. (ed.), Madrid, Abada, 2016, p. 95-169.

_____, «Rosario de Acuña. La escritura y la vida», in *Política y escritura de mujeres*, HERNÁNDEZ SANDOICA E. (ed.), Madrid, Abada, 2012, p. 171-328.

HIBBS Solange y BALLESTÉ Jacques (eds.), *Le voyage comme source de connaissance et d'utopies aux XIXe et XXe siècles*, Españ@.31; Équipe de recherches Lettres, Langues et Arts, Toulouse, Lansman, 2013.

HIBBS-LISSORGUES Solange, «Rosario de Acuña y la literatura francesa: un viaje por el alma y la naturaleza», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019, p. 199-231.

_____, «Camille Flammarion en España: vulgarización científica y poética de la ciencia», in *Los discursos de la ciencia y la literatura en España (1875-1906)*., HIBBS Solange y FILLIÈRE Carole (eds.), Vigo, Academia del Hispanismo, 2015.

_____, «La naturaleza como vía de conocimiento y de regeneración en la obra de Rosario de Acuña (1850-1923)», in *La Naturaleza en la literatura española*, THION SORIANO-MOLLÁ Dolores (ed.), Academia del Hispanismo, 2011.

_____, «El pensamiento utópico de Rosario de Acuña (1850-1923)», in *Le temps des possibles (Regards sur l'utopie en Espagne au XIXe siècle)*, BALLESTÉ Jacques y HIBBS Solange (eds.), Carnières-Morlanwelz: Lansman Éditeur, coll. Hispania, 2009, p. 147-163.

LACALZADA DE MATEO María José, «Sosteniendo la libertad de pensamiento: Rosario de Acuña y la masonería», in *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y Razón*, HERNÁNDEZ SANDOICA Elena (ed.), Madrid, Abada Editores, 2019, p. 159-197.

_____, *Mujeres en masonería. Antecedentes históricos entre las luces y las sombras (1868-1938)*, Premià de Mar-Barcelona, Clavell Cultural, 2006.

_____, «Mercedes de Vargas y Rosario de Acuña: el espacio privado, la presencia pública y la Masonería (1883-1891)», in *Prototipos e imágenes de mujer en los siglos XIX y XX*, QUILES AFAZ Amparo y SAURET GUERRERO Teresa (eds.), Málaga, Atenea, 2002, p. 43-72.

LAMO Regina de (ed.), *Rosario de Acuña en la escuela. I. Cuentos*, Madrid, Ferreira, 1933.

PÉREZ LEDESMA Manuel, «José Nakens (1841-1926). Pasión anticlerical y activismo republicano», in *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, BURDIEL BUENO Isabel y PÉREZ LEDESMA Manuel (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 2000, p. 317-318.

PEYROU Florencia, «Familia y política: Masculinidad y feminidad en el discurso democrático isabelino», in *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n° 25, 2011, p. 149-174.

PINEDA CACHERO Antonio, «Propaganda y literatura: *El padre Juan*, de Rosario de Acuña», in *Comunicación: revista internacional de Audiovisual, Publicidad y Estudios culturales*, n° 1, 2002, p. 217-246.

RAMOS M.D., «Feminismo laicista: voces de autoridad, mediaciones y genealogías en el marco cultural del modernismo», in *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, AGUADO Ana M. y ORTEGA LÓPEZ Teresa María (coords.), Valencia, 2011, p. 21-44.

_____, «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», in *Ayer*, n° 60:4, 2005, p. 45-74.

RIDEOUT Judith, *Women's Writing Networks in Spanish Magazines around 1900*, PhD tesis, University of Glasgow, 2017.

SÁNCHEZ COLLANTES Sergio, «El republicanismo libre de Rosario de Acuña (1850-1923): ni adjetivos, ni dogmas, ni rediles», in *Activistas, militantes y propagandistas: biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, HIGUERAS CASTAÑEDA Eduardo y otros (coords.), Athenaica, 2018, p. 183-208.

SIMÓN PALMER María del Carmen, «Introducción a *Rienzi el Tribuno, El padre Juan, Teatro*, de Rosario de Acuña y Villanueva», Madrid, Castalia / Instituto de la Mujer, 2012.

_____, *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1991.

TURC-ZINOPOULOS Sylvie, «Rosario de Acuña: el teatro y la madre patriota en *La voz de la patria* (1893)», in *Bulletin of Spanish Visual Studies*, Vol. 5:2, 2021, p. 235-254.